

Un amor de dos plazas

Ezequiel González Trama

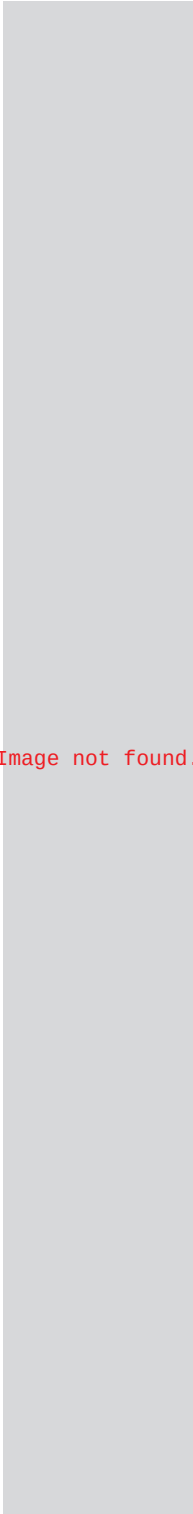


Image not found.

Capítulo 1

Un amor de dos plazas

Ezequiel González Trama

1

Aquel martes no tenía nada de especial. Me levante tras el tercer aviso de la alarma, cepille mis dientes con una pasta especial para el sangrado de encías y prepare mi desayuno habitual, café con tostadas. La mermelada de la heladera se había acabado y estaba tan seguro de que había un envase en alguna parte de la cocina que mientras lo buscaba las tostadas se quemaron. Por lo tanto mi desayuno consistió en café con dos tostadas quemadas y sin la mermelada porque no la encontré.

Salí de mi pequeño dúplex y subí a mi auto. Bueno, la segunda parte de la oración es mentira. No sé conducir; al principio de aquel año me había jurado a mi mismo que haría un curso de manejo pero simplemente no lo hacía. Tenía casi treinta años y aun no vencía el miedo a ponerme detrás de un volante. Creo que un psicoanalista estaría de acuerdo conmigo en que esto tiene su origen en un viejo trauma de mi infancia. Cuando era un niño, mi padre nos llevaba todos los sábados a mi hermano menor y a mí a una pizzería. Aquel sábado nos dejo esperando en el auto, como de costumbre. Yo no se si lo hacía siempre pero recuerdo que aquella vez se había dejado las llaves. Le hice notar aquello a mi hermano. Y le dije que podía manejar. Por supuesto, no me creyó pero yo insistí y quise demostrarle que era cierto. Salte al asiento del conductor y gire la llave. El auto dio una sacudida; me asuste. Lo que viene todavía no me lo creo. Alcance a apretar el acelerador. El auto avanzo, apenas un poco, y toco a un Fíat que había justo delante. Desde entonces, perdí todo interés en los autos y no era hasta hacía poco que volvía a apreciar que manejar tu propio vehículo te daba cierta libertad. Pero todavía no sabía conducir así que dependía del colectivo.

Fui hasta la parada, subí al segundo colectivo (el primero había pasado de largo, ignorando mi seña para que se detuviera) y arriba me recibió una masa de rostros malhumorados. Me senté junto a alguien cuya higiene dejaba mucho que desear y me dedique a mirar a la autopista a través de una ventanilla con una gruesa capa de suciedad. Quince minutos mas tarde, llegaba a la tienda en la que trabajo. Ni un minuto tarde ni uno antes. Gustavo, enfundado en su saco, jugaba con su celular frente a la puerta de vidrio; una escena típica. Nos saludamos y volvió a su juego

mientras yo sacaba las llaves y abría la puerta de entrada. La empuje y la sostuve hasta que él paso.

Aquella calle era un paraíso para quien buscara un sofá, un colchón, incluso una almohada, y nuestra tienda, era la mas pequeña y de peor aspecto de todas. Me gustaría decirles que era la "menos mejor" porque al decir peor parece que quiero decir que las demás tenían algo de malo pero al decir mejor estaría diciendo que la nuestra tenía algo de bueno. Los demás locales parecían nuevos y contaban con vendedores de currículum intachables y llenos de referencias. En nuestro caso, me preguntaba como dos tipos como nosotros podían vender colchones cuando su mayor talento en la vida parecía ser el de navegar por internet. ¿Quieren saber algo más? Yo era el encargado. En honor a la verdad, fue un recurso desesperado. Necesitaban a alguien con urgencia y no tenían a nadie más que yo a mano. Unos años de experiencia sumados a una conducta medianamente decente. Y acepte el "desafío" como les gustaba llamar, en parte para demostrarme a mi mismo y probablemente también a los demás, que en casi tres décadas había logrado, por lo menos, algo. Por supuesto, no sabía exactamente en donde me metía. El correo acumulado empezó a crecer y más de una vez no pude pegar ojo ante la perspectiva de números en rojo que llenaban la pantalla de mi computadora. Tenía en mis manos la responsabilidad de que aquella tienda indeseable cumpliera con los objetivos establecidos por la empresa. Cuando escuchaba las cifras que se suponía que debíamos alcanzar, ponía los ojos en blanco. No podía evitarlo.

Tenía dos empleados bajo mi dirección y ninguno de los dos parecía sobresalir en lo que hacían. Gustavo era un tipo algo extraño. Creo que se quería parecer a algún personaje de algún *anime*. Casi siempre parecía estar haciendo un esfuerzo por permanecer despierto aunque nunca lo veía bostezar. Vivía con una mujer que había conocido por chat. Horacio era un hombre entrado en años que trabajaba para la empresa hace décadas, quizá un siglo, y lo habían trasladado hacía poco.

La tienda permanecía en ese silencio mañanero hecho de personas que se resisten aún a la idea de tener que trabajar. Cada uno bebía café en su correspondiente taza. La de Gustavo era una del maestro Yoda. La mía no tenía nada de especial mientras que la de Horacio era una de esas tazas que vienen con nombres, solo que la suya no decía Horacio sino Ernesto. No se porque Horacio bebía café en una taza que decía Ernesto. El silencio era interrumpido por el sonido de los clics. Transcurrieron unos diez minutos hasta que hable en voz alta.

- Les envié un mail con las ventas del día de ayer.

Todo lo que obtuve fue un gruñido como respuesta. Gustavo fingió prestarle atención un momento y por su parte, Horacio comenzó a estudiarlo, intentando desentrañar algún dato clave.

La campanilla de la puerta sonó. Un cliente había entrado. Levante mis ojos de la computadora. Se trataba de una pareja. Ambos parecían salidos de un gimnasio. El cuerpo del hombre exhibía tatuajes.

- Buen día- los salude con lo que pretendí que sonara como amabilidad profesional. - Mi nombre es Juan. ¿En que puedo ayudarles?

La mujer me miro con rostro inexpresivo. No respondió a mi saludo. El hombre pareció estudiarme antes de hablar. Con su remera negra, pensé que se pondría a hacerme el *haka en cualquier momento*.

- Buscábamos un colchón- explico con una voz dulce que no se correspondía con su apariencia.

Hice algunas vagas indagaciones para más exactitud. Los conduje hasta el fondo del salón. Empecé a repetir una serie de datos técnicos con los que esperaba sorprenderlos. Ambos miraban el sommier en cuestión sin ninguna clase de gesto en sus rostros. El hombre me hizo un par de preguntas que respondí fácilmente.

Hubo un momento de silencio en el que se miraron.

- ¿Que opinas, nena?- pregunto él.

Hasta el momento ella no había pronunciado palabra. Desde la distancia, vi que Gustavo me miraba.

- No se, tendría que probarlo.

- Claro, puede hacerl... - No me dejo terminar. Se recostó en el sommier, de espaldas, dejando unas extraordinarias curvas a la vista. Yo intente no prestarles atención. Lo intente.

- Veni acá, gordi... - dijo, dando palmaditas a su costado.

El "gordi" se tumbo a su lado. De pronto, yo empezaba a sentirme un objeto decorativo. Aclare mi garganta y comencé a hablarles de las virtudes que ofrecía ese modelo en particular pero creo que mi voz se había convertido en una especie de ruido de fondo, incluso

para mí mismo. Ocurrió algo más. El le susurro algo al oído. Ella soltó una carcajada. Y lo beso. Pero no fue un beso así nomás. Fue un beso en serio. Ellos estaban ahí tumbados en uno de nuestros productos besándose asquerosamente mientras yo permanecía de pie a su lado como un idiota. Lo mire a Gustavo, en busca de auxilio, pero estaba contemplando aquello tan sorprendido como yo. Horacio no había reparado en nada, seguía mirando la planilla con los números.

Cuando se levantaron, actuaron como si no hubiese pasado nada. Volvieron a representar sus papeles de clientes exigentes y el hombre declaro:

- Vamos a seguir mirando. Cualquier cosa, volvemos.

De más esta decir que nunca lo hicieron.

La mayoría de las personas pasaban de largo salvo muy pocas, que se demoraban un momento en la vidriera para luego perderse en la calle. Apoyando mi cara en las manos, me distraía mirando ese desfile diario de personas. Sus vidas parecían muchísimo más interesantes que la mía, si es que la mía llegaba a tener algo de interesante, claro. Quizás la gente no llegaba a advertir lo bello que era no tener que estar encerrado en un local y a disposición de quien fuera que entrara por la puerta. Eran libres y no lo disfrutaban del todo. Caminaban sumidos en pensamientos o distraídos con su celular. Nadie se detenía para mirar alrededor y gritar, lleno de júbilo: ¡Que bueno! ¡Soy libre! Yo hubiera hecho exactamente eso en su lugar.

La jornada no tuvo ningún acontecimiento memorable. A la hora de cerrar pasamos en un instante de estar sin energía a desbordarla. Nos despedimos en la puerta. Llegue a casa justo para ver como uno de los perros del vecino defecaba en el pequeño rectángulo de pasto de mi vereda. Era un rectangulito verde, chato, que bien podría haber sido reemplazado por una alfombra sintética pero era mi rectangulito verde. Lo ignore. Entre a casa. Los chillidos de Albert, mi cobayo, me pusieron a su disposición. Tire la mochila sobre el sillón, como un niño que llega de la escuela y le di su habitual provisión de verduras. Mi madre llama a Albert "pariente de rata". No es un apelativo de mi agrado pero no puedo negárselo, ambos son roedores. El teléfono sonó y era precisamente mi madre.

- Si, esta todo bien. ¿Las ventas? Vendimos algo. Para ser un martes, no estuvo mal. No escuche lo que dijo el presidente, recién llego. Ah, mira vos. Esta bien. Si, le estoy dando de comer a... Se

llama Albert.

Colgué. Me di una ducha. Prepare algo para comer, lo cual no es lo mismo que cocinar. Deje el plato sucio para lavar, encima del de la noche anterior. En la tele de mi pieza enganche una peli de Steven Seagal y me dormí mucho antes de la pelea final con el malo. Aunque tenía toda una cama de dos plazas para mí, ocupaba solo un lado de ella. Algunas noches, el otro lado, se me antojaba demasiado vacío.

2

- Hay noches que no pego un ojo. Me quedo toda la madrugada despierto. No es lindo, ¿sabes? Estar toda la madrugada despierto. Uno piensa cosas. Cosas feas. Y a veces las ve. Creo que en mi casa hay un fantasma. Aparece cerca de las tres de la mañana. Es como una presencia. Siento que alguien me observa. A los pies de mi cama. Se queda ahí y me observa. Es una sensación horrible. Me aferro a mi sabana. Es muy útil. Creo que los fantasmas le temen a las sabanas.

El cliente no dejaba de hablar. Gustavo intentaba mantener la cordura pese a sus desconcertante monologo. Yo por mi parte intentaba no sucumbir ante la risa. El cliente tenía evidentes problemas de insomnio pero más que un nuevo y confortable colchón lo que necesitaba era una sesión urgente con un psiquiatra. Pero debía concentrarme. De alguna manera, debía conseguir que las ventas de la tienda aumentaran. Comenzamos a hacer una recorrida por el salón con Horacio, revisando carteles de descuento y verificando el stock de almohadas.

Entonces sucedió algo extraño. Del lado de la calle, paso una chica. La chica caminaba por la calle con el rostro serio. Parecía estar muy concentrada en algo. Avanzaba erguida y destacaba entre las demás personas. Era como si estuviera iluminada por una luz distinta. Alzo sus ojos. Por un segundo, nuestras miradas se encontraron. Ella del lado de la calle, yo en la vidriera. En un instante, el mundo se redujo a esa mirada. Fue un instante vivido. Pleno. Sentí deseos de hundirme en esa mirada para siempre. Claro, no sucedió. Rápidamente, ella aparto sus ojos, dirigiéndolos a cualquier otro lugar y continuo avanzando.

Repare en Horacio, quien había estado a mi lado todo ese tiempo, y miraba con la boca entreabierta mi boca entreabierta. Me apresure en adoptar una expresión seria y dar instrucciones sobre algunas modificaciones que imprevistamente se me habían

ocurrido.

Durante la hora del almuerzo, Gustavo empezó a desquitarse con el insomne el cual finalmente había decidido que solo llevaría una almohada. Horacio asentía reflexivamente ante cada uno de sus comentarios. Por mi parte, estaba con la cabeza en otro lado. Para ser más específico en la chica que había visto por la vidriera. Me había mirado. ¿Le habría resultado lindo? ¿Le recordé a alguien, quizás a algún ex? Probablemente, ya me había olvidado. ¿Quién era? ¿Que hacía? No dejaba de hacerme estas preguntas. Pero pronto la jornada no tardo en llevar el recuerdo de su mirada al cuarto de atrás de mi memoria. Vinieron algunos clientes, atraídos por un cartel algo engañoso que habíamos puesto en la vidriera y en cuanto les aclarábamos lo que estaba escrito en la letra chica el desencanto era evidente y no tardaban en irse. Nuestras dotes de venta no eran la mejores. Entonces me canse de tanta cosa frustrada, me levante de un golpe y acercándome al escritorio de Gustavo, anuncie en voz alta:

- Vamos a ver tiendas.

Gustavo asintió y note que sentía algo que pude identificar como entusiasmo. Con ver tiendas, yo me refería nada más y nada menos que a espiar a lo que constituía nuestra competencia, nuestros rivales en ventas. Las tiendas vecinas. No era una tarea muy frecuente pero necesitaba decirme a mi mismo que estaba intentando hacer algo por modificar esos números en rojo que se multiplicaban en las planillas de excel. Probablemente la tarea tuviera nula utilidad practica pero me permitía salir un poco con un motivo laboral y quizás descubrir alguna cosa. Gustavo se puso un saco, el cual descansaba en un tambaleante perchero que teníamos al fondo, y le encomendé a Horacio que se encargara del local.

- No creo que tardemos mucho- le dije.

Por alguna razón, mi mente se figuro la imagen de Horacio como capitán de un barco que el mar se tragaba en un santiamén y comencé a experimentar dudas pero el sonido de la puerta me indico que Gustavo ya estaba afuera y salí tras el.

El otoño empezaba a anunciar su presencia con hojas secas, fresco y viento. Caminamos. El pelo se me iba para atrás y me preguntaba que aspecto tendría pero evitaba ver mi reflejo en las vidrieras y arrepentirme de postergar mi visita al peluquero.

- Vayamos a alguna que este un poco alejada. Los de al lado nos

tienen fichados.

Gustavo asintió con solemnidad. No decía nada pero yo sabía que pensaba que estábamos haciendo de detectives.

Hasta que llegamos a la que parecía la última de las tiendas de la calle. Era bonita, poseía cierto toque romántico. Nos detuvimos a examinar la vidriera, poniendo nuestros ojos en acción. En ella había una cama que parecía hecha para el uso inminente de una princesa. Por supuesto, ninguna princesa se acostaría en ella, ni nadie; no al menos mientras estuviera ahí.

Entramos sin ninguna idea en mente, más la de tan solo observar. Quizá hacer alguna pregunta, ninguna en particular. Había un escritorio donde un carismático tipo de gran atractivo conversaba con una pareja mientras consultaba su computadora. Había otro escritorio pero nadie detrás de él.

- ¿Que opinas?- le pregunte a Gustavo.

- Me gusta como tienen exhibido...

- ¿Están atendidos?

La voz, de mujer, nos sobresalto. Nos volvimos hacia ella.

Era ella. La chica que ese mismo día había visto pasar por la vidriera. La que me miro y se encontró con mis ojos. Admito que me costo reconocerla. Quiero decir, era ella, de eso no cabía duda pero se veía diferente, como más segura de si misma; sofisticada, distante. Como si se tratara de una copia perfecta. Por un instante, me dio la impresión de que ella también me reconocía a su vez pero fue apenas una fracción de segundo, algo tan breve que ni siquiera merece el adjetivo de breve...

Estuve a punto de hablar pero fue Gustavo quien se hizo cargo de la situación... adoptando un tono y unos gestos amanerados.

- Hola, querida. Ya lo tenemos decidido. Queremos llevarnos aquel sommier. Es para nosotros. Vamos a mudarnos a un departamento. ¿No, bichi?

El apelativo iba dirigido a mí. Ella me miro, el rostro inmutable. Contuve un suspiro y me limite a responder sin el más mínimo intento de convencer, mirando para otro lado:

- Si.

Gustavo ignora lo escueto de mi respuesta y soltó una risa estridentemente alegre que logro que la pareja y el vendedor nos lanzaran una mirada desde el escritorio. Analia permaneció quieta un momento, analizándonos, quizás sin creerse nada de aquel numero, lo cual por un lado me aliviaba. Sin embargo, dijo:

- Acompañenme.

Gustavo aprovecho la ocasión para meterse más en su inesperado personaje, y empezó a hacer comentarios sobre la imaginaria habitación del inexistente departamento donde dormiríamos juntos. El solo pensarlo me dio escalofríos.

Nos invito a sentarnos de un lado del escritorio que hace un momento estaba vacío, mientras ella se instalaba del otro y empezaba a teclear algo en la computadora. Permanecemos unos momentos así, en silencio, incluso Gustavo, cuya absurda perorata había cesado. Era irónico, pensé mientras la miraba, que la chica que vendía colchones fuera una chica que quisieras tener al lado cada mañana al despertar. Baje la mirada y vi prendida a su camisa, hecha de una tela fina, un cartoncito con su nombre: Analia. De modo que así era como se llamaba. En el escritorio había tan solo un lapicero y un pisapapeles con forma de vaquita de San Antonio. Todo parecía muy organizado. Me fije en sus manos. No vi ningún anillo. Algo en mí se sintió aliviado aunque ¿quien se casa hoy en día?

- Ya les digo el precio- dijo, sin apartar sus ojos de la pantalla. A continuación, nos dijo el numero y empezó a detallarnos los descuentos vigentes. Gustavo nos había metido en eso, por lo tanto deje que fuera él quien nos sacara de ahí. Mi compañero se quedo un momento callado, teniendo el pensamiento opuesto al mío, es decir, esperando que sea yo el que hablara, y cuando advirtió que yo no lo haría, se removió en su asiento, visiblemente incomodo, al menos para mí que lo conocía y creo que ella también noto algo raro. Cuando Gustavo hablo, desee haberlo hecho yo. No quedaba nada de la soltura con la que había arrancado; lo suyo había sido un rapto fugaz y como resultado tartamudeaba.

- Vamos a pensarlo- dije, con brusquedad, para interrumpir el triste espectáculo que estaba dando Gustavo. Ella volvió su mirada hacía mí y pareció pensar algo que no tenía nada que ver con aquello. Fue tan solo un instante.

Me levante, Gustavo me imito; agradecí la atención, Analia anoto con rapidez unos datos del sommier en un papel por si acaso

queríamos volver y salimos del local. Mientras atravesábamos el salón, me sentí observado. Me volví y advertí que ella escuchaba a su atractivo compañero, quien no dejaba de hablarle a la vez que me estudiaba con una mirada que echaba chispas.

3

**- ¿Que fue eso?- estalle ni bien nos habíamos alejado una cuadra-
¿Desde cuando es que se te da por el teatro?**

**- ¡Te juro que estoy tan sorprendido como vos! ¡No tengo idea! -
contesto Gustavo.**

**- ¿Me estas diciendo que simplemente se te despertaron las dotes
de actuación en una tienda de colchones de la competencia?
¡Felicitaciones! Y que fabuloso que tu primera interpretación sea la
de un gay feliz que duerme con su jefe heterosexual.**

**No dijo nada al respecto pero en cambio tuvo una salida que me
tomo desprevenido.**

- ¿Es por ella, no?

- ¿Que? ¿Ella? ¿De que estas hablando?

**- La chica, la que nos atendió. Vi como la mirabas. Y como ella te
miro a vos. Te preocupa lo que pueda llegar a pensar.**

Trague saliva.

- Nada que ver- Mi tono de voz no resulto muy convincente.

**- ¿Nada que ver, qué? ¿Que la mirabas?- Y luego agrego: - Ella te
miraba.**

- No me miro a mí- dije.

**Sin embargo, no era una afirmación. Era una pregunta
desesperada. Necesitaba que me lo dijera otra vez; que me
confirmara lo que yo a duras penas llegaba a sospechar: que ella
me había mirado pero no como un vendedora mira a un cliente
sino como una mujer mira a un hombre.**

**- Si, te miro. Lo disimulaba porque no daba pero te miro. Aldana
me miraba así antes de que empezáramos a salir. Reconozco ese
tipo de mirada.**

Aldana era su novia, la que había conocido por chat y me preguntaba en que momento habían tenido lugar esas supuestas miradas de las que tanto decía saber. ¿Acaso se habían comunicado vía Skype? No lo recordaba, si es que me lo había contado, lo cual era probable que hubiese sucedido un par de veces.

- ¿Vos decís?- pregunte, tratando de no demostrar tanto interés.

- Seguro- dijo y empezó a hablar de su relación con Aldana. Siempre encontraba un pretexto para hablar de Aldana. La cosa más pequeña se la recordaba. El signo del zodiaco, una canción, una manzana. "A Aldana le gustan más las verdes" me había dicho una vez que pasamos por una verdulería. Estábamos parados en una esquina, esperando poder cruzar y yo más que escucharlo me ponía a recordar a Ana, a quien ya empezaba a llamar así. Se suponía que habíamos salido a analizar la competencia pero volvíamos preocupándonos sobre mujeres. Cuando recordé que Horacio se sabía quedado solo en la tienda, apresure el paso.

Entramos. Todo estaba en orden y silencioso a excepción de un ruido desagradable que se repetía a intervalos iguales. Cruzado de brazos sobre su asiento, con la cabeza hacia un costado, Horacio dormía con una calma envidiable. Roncaba, a sus anchas. Bastaron unos segundos para que comenzara a entreabrir los ojos y mirándonos a través de unas rendijas, esbozo una ligera sonrisa.

- Da sueño tanto colchón.